

bendijo Dios, según el libro de los cristianos, la tierra inculta, entregándola en herencia á Adam. Esta comitiva, que á la par de sus rebaños, seguía de peñasco en peñasco á su venerable pastor, retrataba á mi enternecido corazón aquellas emigraciones de las primeras familias, cuando Sem y sus hijos adelantaban al través del mundo desconocido, siguiendo el curso del sol.

»Habiendo preguntado al santo ermitaño cómo gobernaba sus hijos, me respondió con bondad: «Ninguna ley les he dado, pues solo les he enseñado á amarse recíprocamente, á orar á Dios y á esperar una vida mejor, pues tal es el resumen de todas las leyes del mundo. Aquella cabaña mas espaciosa que allí ves, está destinada á servir de capilla en la estación de las lluvias. Todos se reúnen en ella, al amanecer y al anochecer, para glorificar al Señor, y cuando yo estoy ausente, un anciano dirige la oración, porque la ancianidad, á semejanza de la maternidad, es una especie de sacerdocio. Cumplidos estos deberes cristianos, empiezan las faenas agrícolas; y si las propiedades están divididas para que todos puedan aprender la economía social, las mieses se depositan en trojes comunes, para que se mantenga viva la llama de la caridad fraternal, á cuyo efecto cuatro ancianos distribuyen equitativamente el producto del trabajo común. Añade á esto algunas ceremonias religiosas, muchos cantos, la cruz á cuyo pie he celebrado los santos misterios, el olmo á cuya sombra predico en los días serenos, nuestras sepulturas inmediatas á nuestros campos de trigo, nuestros ríos, donde bautizo los tiernos niños, santos Juanes de esta nueva Betania, y formarás cabal idea de este reino de Jesucristo.»

»Las palabras del solitario me llenaron de admiración, y entonces eché de ver la superioridad de aquella vida estable y ocupada, sobre la errante y vagabunda del salvaje.

»Ah, René! No murmuro de la Providencia, pero confieso que nunca traigo á la memoria aquella sociedad evangélica, sin experimentar á tal recuerdo una profunda amargura. ¡Cuán feliz me hubiera hecho en aquellos lugares la tranquila posesión de una cabaña, al lado de Atala! Allí hubieran terminado mis inútiles excursiones; allí, desconocido de los hombres, y ocultando con una esposa querida mi felicidad en el seno de los bosques, hubiera pasado como esos ríos que ni siquiera tienen nombre en el desierto. Pero en lugar de esa paz inalterable en que me atrevía entonces á soñar, ¡cuán agitados han transcurrido mis días! Eterno juguete de la adversa fortuna, arrojado á todas las costas, desterrado de mi patria durante largos años, y no hallando á mi regreso á ella sino una cabaña arruinada, y á mis amigos en la tumba: ¡tal debía ser el triste destino de Chactas!»

EL DRAMA.

«Si vivos fueron mis ensueños de ventura, harto breve fue su duración: el desencanto me esperaba á la puerta del solitario. Grande fue mi sorpresa, cuando al llegar á ella á medio día, no vi salir á Atala á nuestro encuentro; esto me hizo experimentar cierto indefinible y repentino horror. Al acercarme á la gruta, no me atreví á llamar á la hija de Lopez, porque mi imaginación temía igualmente el ruido y el silencio que á mis gritos sucediese. Y mas aterrado aun por la oscuridad que á la entrada del peñasco reinaba, dije al misionero: «¡Oh, tú, á quien el cielo acompaña y fortalece, penetra en esas sombras!»

»¡Cuán débil es el hombre avasallado por las pasiones, y cuán fuerte aquel que descansa en Dios! Advertiase mas valor en aquel corazón religioso, que

brantado por setenta y seis años, que en toda la lozanía de mi juventud. El hombre de paz entró en la gruta, y yo permanecí fuera, poseído de espanto. Pocos momentos despues, un apagado murmullo, parecido á reprimidos lamentos, salió del fondo del peñasco, y vino á herir mi oído. Prorumpiendo entonces en un grito, y recobrando súbitamente todas mis fuerzas, arrojéme en la noche de la caverna... ¡Espíritus de mis padres! ¡Solo vosotros sabéis el espectáculo que se ofreció á mi vista!

»El solitario habia encendido una rama de pino, y alumbraba con mano trémula é indeciso resplandor el lecho de Atala, que medio incorporada se mostraba pálida, y con la cabellera en desorden. Rielaban sobre su frente las gotas de un sudor frio, pero sus ojos medio apagados se esforzaban aun en mostrarme su amor, y sus cárdenos labios procuraban sonreír. Yo permanecía inmóvil, como herido por el rayo, fijos los ojos, extendidos los brazos y entreabiertos los labios. Profundo silencio reinaba entre los tres personajes de aquella escena de dolor; el solitario fue quien primero lo rompió, diciendo: «Esto será un acceso de calentura, producida por las pasadas fatigas, y si nos resignamos á la voluntad de Dios, se compadecerá de nosotros.»

»Al oír estas palabras, la sangre paralizada volvió á circular por mi corazón, y con esa movilidad propia de los salvajes, pasé en un momento del exceso del temor al de la confianza. Pero Atala no me dejó abrigar mucho tiempo mis nuevas ilusiones, pues moviendo tristemente la cabeza, haciéndonos una seña para que nos acercásemos á su lecho, dijo al misionero, con débil acento:

«¡Padre mio! me siento cercana á la muerte. ¡Chactas! Escucha sin desesperación el fatal secreto que te he ocultado para no hacerte desgraciado, y para obedecer á mi madre; no me interrumpas con señales de un dolor que abreviaría los pocos instantes que me restan. Mucho tengo que referir; pero conozco que debo abreviar todo lo posible mi relato, pues los latidos de mi corazón se debilitan, y siento sobre mi pecho el peso de una mole de hielo...»

»Despues de algunos momentos de silencio, Atala prosiguió:

»Mi triste destino empezó casi antes que abriese mis ojos á la luz. Mi madre me habia concebido en el infortunio; yo fatigaba su seno, y me dió á luz con tan crueles dolores, que se desesperó de mi vida; mi madre hizo un voto para salvarme, y prometió á la Reina de los ángeles que le consagraria mi virginidad, si me libraba de la muerte... ¡Voto temerario que me precipita en el sepulcro!

»Perdí á mi madre á los diez y seis años. Algunas horas antes de morir me llamó á su lecho, y me dijo en presencia de un misionero que la consolaba en sus postrimeros instantes: «No ignoras, hija mia, el voto que he hecho por tí. ¡Querrás, Atala mia, desmentir á tu madre? Te dejo en un mundo que no es digno de poseer una cristiana, y en medio de unos ídólatras que persiguen al Dios de tus padres y mio, al Dios, que despues de haberte dado la vida, te la ha conservado por un milagro. Al aceptar el velo de las vírgenes, renunciarás á los cuidados de la cabaña y á las funestas pasiones que han agitado el seno de tu madre. Ven, hija mia, y jura sobre esta imagen de la Madre del Salvador, en manos de este santo sacerdote y de tu moribunda madre, que no me serás infiel á la faz del cielo. No olvides que me he obligado por tí, para salvar tu vida, y que si no guardas mi promesa, condenarás el alma de tu madre á eternos tormentos.»

»¡Oh madre mia! ¿por qué hablaste así? ¡Oh Religión que labras á la vez mi infortunio y mi felicidad, que me pierdes y me consuelas! Y tú, querido y tris-

te objeto de una pasión que me devora hasta en los brazos de la muerte, ¡ahora ves lo que ha constituido el rigor de nuestro destino...! Anegada en lágrimas, y dejándome caer en el seno materno, prometí todo lo que se habia querido hacerme prometer. El misionero pronunció sobre mí las palabras formidables, y me dió el escapulario que me liga para siempre. Mi madre me amenazó con su maldición si violaba mi voto, y despues de haberme encargado un secreto inviolable respecto de los perseguidores de mi religión, espiró abrazándome.

»Al pronto, no conocí el peligro de aquel juramento, pues llena de fervor, cristiana verdadera, y altiva además, porque es española la sangre que por mis venas circula, no vi en mi derredor sino hombres indignos de mi mano, y me felicité por no tener otro esposo que el Dios de mi madre. Pero te vi, ¡joven y gallardo prisionero, compadeci tu suerte, y me atreví á hablarte al resplandor de la hoguera del bosque, y entonces sentí todo el peso de mis votos...»

»Pronunciadas por Atala estas palabras, exclamé cerrando los puños y mirando al misionero con aire amenazador: «¡Es esta la religión que tanto encareces? Perezca el juramento que me roba á Atala. ¡Perezca el Dios que contradice la naturaleza! Hombre-sacerdote, ¿qué has venido á hacer en estos bosques?»

«¡A salvarte! respondió con voz de trueno el anciano; á domar tus pasiones, y á impedir, ¡blasfemo! que la cólera del cielo estalle sobre tu cabeza. ¿Qué razón te asiste, joven recién entrado en la senda de la vida, para quejarte de tus dolores? ¿De qué injusticias has sido víctima? ¿Dónde están tus virtudes, ónicas que pudieran darte algun derecho á las quejas? ¿Qué servicios has hecho á tus semejantes? Desventurado! Solo veo pasiones en tí, y te atreves á acusar al cielo! Cuando hayas pasado, como el padre Aubry, treinta años de destierro en las montañas, no juzgarás con tan criminal ligereza los designios de la providencia divina; entonces comprenderás que nada sabes, que nada eres, y que no hay castigos bastante rigurosos ni males bastantes terribles que no merezca sufrir la carne corrompida.»

«Los ojos centellantes del anciano, su barba que cubria su pecho y sus palabras de fuego le hacian semejante á un dios. Abrumado por su magestuoso aspecto, caí á sus pies pidiéndole perdón por mis arrebatos, mas él me dijo: con un acento tan benévolo, que los remordimientos quebrantaron mi alma. «¡Hijo mio! no te he reprendido por mí, pues tienes sobrada razón en creer que nada he venido á hacer en estos bosques, pues Dios no tiene mas indigno servidor que yo, pero nunca acusemos al cielo. Perdóname si te he ofendido, y atendamos á tu hermana, que acaso tendrá remedio, y no renunciemos á la esperanza. ¡Chactas! ¡Muy divina es la religión que convierte en virtud la esperanza!»

«¡Joven amigo mio, continuó Atala, tú has sido testigo de mis combates, y no obstante solo has visto la menor parte, pues te ocultaba lo mas terrible de ellos. El esclavo negro que riega con sus sudores las abrasadas arenas de la Florida, es menos miserable que lo ha sido Atala. Aconsejándote la fuga, y segura de mi muerte si te alejabas de mí, temiendo huír contigo en los desiertos, y no obstante, anhelando las sombras de los bosques... ¡Ah! ¡Si hubiera bastado dejar á padres, amigos y patria; si solo hubiese mediado, ¡cosa horrosa! ¡la pérdida de mi alma...! Pero tu sombra, madre mia, tu sombra me echaba en cara á todas horas sus tormentos! Oia tus quejas, y te veía devorada por las llamas del infierno. Mis áridas noches creaban tan solo fantasmas, y mis días no me traían consuelo alguno; el rocío de la noche se sacaba al contacto de mi piel ardiente; abria

mis labios á las brisas, y estas, lejos de traerme la anhelada frescura, se abrasaban al fuego de mi alienato. ¡Qué tormento no me causaba verte sin cesar á mi lado, lejos de todos los hombres, en medio de soledades profundas, y tocar la insuperable barrera que entre los dos se levantaba! Pasar mi vida á tus pies, servirme como una esclava, preparar tu alimento y tu lecho en algun ignorado rincón del universo, hubiera sido para mí la suprema felicidad; ¡y tocando esta felicidad, no poder disfrutarla! ¡Qué de proyectos me soñado, que de ilusiones ha brotado este abatido corazón! Tal vez, al fijar en tí mis ojos, he llegado á formar deseos tan insensatos como culpables: ya hubiera querido ser contigo el único ser viviente en la tierra; ya sintiendo que una divinidad me detenía en mis horribles trasportes, hubiera deseado que esta divinidad se anonadase, con tal que estrechada en tus brazos, hubiese rodado de abismo en abismo, con los restos de Dios y del mundo! Ahora mismo... ¿lo diré? ahora que la eternidad va á tragarme, y que voy á presentarme ante el Juez inexorable; en el momento en que, para obedecer á mi madre, veo con alegría que mi virginidad devora mi vida: por una horrorosa contradicción, llevo á la tumba el pensar de no haber sido tuya!»

«Hija mia! interrumpió el misionero, el dolor extravía tu corazón. El exceso de pasión á que te entregas, pocas veces es justo; y no hallándose en el órden de la naturaleza, es menos disculpable á los ojos de Dios, porque mas que una debilidad del corazón es un error del espíritu. Es pues forzoso reprimir esos arrebatos, indignos de tu inocencia. Y debo tambien decirte, querida hija mia, que tu impetuosa imaginación te ha alarmado en demasía relativamente á tus votos. La Religión no exige sacrificios sobrehumanos. Sus sentimientos verdaderos y sus templadas virtudes son muy superiores á los exaltados sentimientos y las violentas virtudes de un pretendido heroísmo. Si hubieses sucumbido, pobre oveja descarriada, el Buen Pastor te hubiera buscado para atraerte á su rebaño. Abiertos estaban para tí los tesoros del arrepentimiento; que si son menester torrentes de sangre para borrar nuestras faltas á los ojos de los hombres, una sola lágrima de cordial arrepentimiento, basta en el tribunal de Dios. Tranquilízate, pues, querida hija mia, porque tu crítica situación exige sosiego, y dirijámonos á Dios, que cura todas las dolencias de los que le confiesan y sirven. Si como espero, es su voluntad que te libres de la enfermedad que te aqueja, escribiré al obispo de Quebec, pues está investido de los poderes necesarios para anular tus votos, que son simples, y acabarás tus días á mi lado con tu esposo Chactas.»

A estas palabras del anciano, Atala se sintió acometida de una larga y penosa convulsion, de que solo salió para dar muestras de un espantoso dolor. «¡Cómo! exclamó enlazando sus manos con pasión; ¡habia remedio! ¡Mis votos podian ser anulados!—» «Si, hija mia, respondió el misionero, y aun pueden serlo.— ¡Es demasiado tarde! ¡es demasiado tarde! replicó Atala en el colmo de la desesperación. ¿Debo morir, Dios mio, en el momento en que hubiera podido ser feliz? ¿Porqué no he conocido antes á este santo anciano? ¡Cuánta seria hoy mi ventura al lado de Chactas, cristiano! Consolada, tranquilizada, por este agosto sacerdote... en este desierto... ¡oh! esto hubiera sido demasiada felicidad.»—«Cálmate! le dije, estrechando una de las manos de la desgraciada, cálmate, pues, esa felicidad está muy cercana.»

«—Nunca! nunca!» dijo Atala.—«Cómo? repuse estupefacto.—«No sabes todo; ayer, durante la tempestad... me sentia próxima á violar mis votos; iba á hundir á mi madre en las llamas del abismo; su mal-

«dición tronaba ya sobre mí; ya mentía al Dios que me ha salvado la vida... Cuando besabas mis trémulos labios, no sabías que besabas la muerte! —Cielos! gritó el padre Aubry; ¿qué has hecho, desgraciada?—Un crimen, replicó Atala con extrañados ojos; pero al perderme yo, salvaba á mi madre.—Acaba! acaba! exclamé, lleno de espanto.—Previendo mi debilidad, al dejar las cabañas, llevé conmigo... ¿Qué? pregunté con horror.—Un veneno! dijo el misionero.—«¡Ya dilacera mi seno!» contestó la hija de Lopez con profundo abatimiento.

«La insegura mano del solitario abandonó la antorcha, yo caí exánime á los piés de Atala; el anciano nos abrazó por algunos momentos, y los tres confundidos nuestros sollozos sobre aquel lecho fúnebre.

«¡Basta! ¡basta! dijo poco despues el animoso eremitaño, encendiendo una lámpara; ¡no malogremos tan preciosos momentos! Rechacemos cual intrépidos cristianos los asaltos de la adversidad. Arrojámonos á los piés del Todopoderoso para implorar su misericordia y someternos á sus decretos, con una cuerda al cuello y cubierta la cabeza de ceniza. Acaso todavía es tiempo. Hija mia, hubieras debido participarme todo anoche.

«—¡Ah, padre mio! dijo Atala; anoche os busqué con ansia; pero el cielo en castigo de mis faltas, os alejó de mí. Por otra parte, todo auxilio hubiera sido inútil, porque los mismos indios, tan hábiles en preparar venenos, no conocen antidoto para el que me he tomado. ¡Juzga, oh Chactas, de mi sorpresa, cuando vi que el golpe no era tan súbito como esperaba. Mi amor ha duplicado mis fuerzas, mi alma no ha podido separarse tan pronto de tí!»

«Al llegar aquí, no interrumpí la narracion de Atala por medio de sollozos, sino con esos arrebatos de que solo son capaces los salvajes. Arrastreme furioso por el suelo, retorciéndome los brazos y mordiéndome las manos. El anciano sacerdote corria del hermano á la hermana, y nos prodigaba mil socorros con maravillosa ternura, porque en la calma del corazón y abrumado por el peso de los años, sabia hacerse oír de nuestra juventud, y su religion le proporcionaba acentos mas tiernos aun y mas vehementes que á nosotros nuestra pasión. Aquel sacerdote, que durante cuarenta años se inmolaba diariamente al servicio de Dios y de los hombres en aquellas agrestes montañas, traía á la memoria los holocaustos de Israel, fumeando incesantemente en los lugares elevados en presencia del Señor.

«¡Ah! en vano intentamos aplicar algun remedio á los males de Atala. La fatiga, la amargura, el veneno y una pasión mas mortal que todos los venenos reunidos, se adunaban para robar aquella delicada flor á la soledad. Al llegar la noche, se manifestaron síntomas espantosos: un entorpecimiento general paralizó los miembros de Atala, y sus extremidades empezaron á enfriarse. «Toca mis manos, me decía; ¿no te parecen yertas?» Yo no acertaba á responderle, y mis cabellos se erizaban de horror; poco despues añadió: «Ayer me estremecia á tu mero contacto; hoy no siento ya tu mano, y apenas oigo tu voz; los objetos de la gruta desaparecen sucesivamente para mí. ¿No cantan los pajarillos? El sol debe hallarse próximo á su ocaso. ¡Chactas, sus rayos serán hermosos en el desierto, sobre mi tumba!»

«Viendo que sus palabras nos hacian derramar copiosas lágrimas, nos dijo: «Perdonadme, mis buenos amigos: soy muy débil, pero acaso me mostraré mas fuerte. Y no obstante, morir tan jóven, y cuando sentia latir lleno de vida mi corazón! ¡Gefe de la oracion! compadécete de mí, y préstame tu apoyo! ¿Crees que mi madre estará satisfecha, y que Dios me perdonará lo que he hecho?»

«—¡Hija mia! respondióle el anacoreta anegado en lágrimas; todas tus desventuras son el triste resultado

de tu ignorancia; tu educacion salvaje, y la falta de la necesaria instruccion te han perdido; ignoras que un cristiano no puede disponer de su vida. «Consuélate, pues, querida oveja, que Dios perdonará la sencillez de tu corazón. Tu madre y el imprudente misionero que la dirigia han sido mucho mas culpables que tú, pues ambos extralimitaron sus facultades al arrancarte un voto indiscreto; ¡sea empero, con ellos la paz del Señor! Los tres presentais un ejemplo terrible de los peligros del entusiasmo, y de la falta de luces en materias religiosas. «Tranquilízate, hija mia; el que sondea los corazones te juzgará por tus puras intenciones, no por tu vituperable conducta.

«Por lo que respecta á la vida, si ha llegado el momento de dormirte en el Señor, ¡ah! ¡cuán poco pierdes al perder este mundo! A pesar de la soledad en que has vivido, no has ignorado las amarguras; ¿qué pensarias si hubieses sido testigo de los males de la sociedad, y si al llegar á las costas de Europa, hubiese lastimado tu oído el prolongado grito de dolor que exhala esa tierra envejecida en el crimen? El habitante de la cabaña y el del palacio sufren y gimen en este mundo: lloran las reinas como las mas humildes mujeres, y la mentese asombra al considerar la cantidad de lágrimas que vierten los ojos de los reyes!»

«¿Deplorarias la pérdida de tu amor? Esto equivaldria, hija mia, á llorar la desaparicion de un sueño. ¿Conoces acaso el corazón del hombre, y puedes reducir á número las inconstancias de su deseo? Harto mas fácil te seria calcular el número de las olas que del mar desata durante una tempestad. ¡Atala! Los sacrificios y el desinterés no son lazos eternos; acaso un día hubiera llegado el tedio en pos de la saciedad; el pasado hubiera sido mirado con disgusto, y solo se hubieran tomado en cuenta los inconvenientes de una union pobre y despreciada. Los amores mas hermosos fueron sin duda los de aquel hombre y aquella mujer que salieron de la mano del Criador, pues eran inocentes é inmortales, y el Paraíso habia sido creado para ellos. Perfectos en alma y cuerpo, sus sentimientos se adunaban en todo: Eva habia sido creada para Adam, y Adam para Eva. Y si á pesar de esto no les fue posible mantenerse en aquel estado de felicidad, ¿qué esposos aspirarán á ella? No te hablaré de los matrimonios de los primeros hijos de los hombres, uniones inefables en que la hermana era la esposa del hermano, y se confundian en un mismo corazón el amor y el cariño fraternal, aumentando la pureza de este las delicias de aquel. Todas estas uniones han sido destruidas: los celos se deslizaron en el altar de césped donde se inmolaba el cabritillo, y reinaron en la tienda de Abraham y en aquellos asilos conyugales donde los patriarcas gozaban tan vivas alegrías, que olvidaban la muerte de sus madres.

«¿Te juzgarías mas inocente y feliz en tus lazos que las santas familias de que Jesucristo quiso descender? No te hablaré de los pormenores de los cuidados domésticos, de las discordias, de las mútuas reconvenções, de las inquietudes, y de todas esas penas ocultas que velan á la cabecera del tálamo conyugal. La mujer renueva sus dolores siempre que es madre, y se casa llorando. ¡Cuántos males no supone la pérdida de un hijo á quien su madre amamantaba! Las montañas repetian largos gemidos, pues nada podia consolar á Raquel porque sus hijos no existian ya. Estas amarguras, inherentes á las afecciones humanas, son tan interesas, que he visto en mi patria á muchas damas principales y favoritas de los reyes, abandonar la corte para sepultarse en los claustros, mutilando esta carne rebelde cuyos placeres son otros tantos dolores.

«Dirásme acaso que estos ejemplos no te atañen,

«pues toda tu ambicion se reducía á vivir en una ignorada cabaña con el hombre elegido por tí; y que aspirabas menos á las dulzuras del matrimonio que á los encantos de esa locura que la juventud apellida amor. ¡Ilusiones, quimeras, vanidad, sueños de una fantasia calenturienta! Yo tambien, hija mia, me he conocido las tempestades del corazón; que ni

«siempre mi cabeza ha sido calva, ni mi pecho ha palpitado tan tranquilo cual hoy te parece. Fia en mi experiencia. Si constante en sus afectos, pudiese el hombre alimentar incesantemente un sentimiento incesantemente renovado, es indudable que la soledad y el amor le igualarian al mismo Dios, porque estos son los dos eternos placeres del Ser



ULTIMOS MOMENTOS DE ATALA.

«Supremo. Empero el alma del hombre se hastía y nunca ama mucho tiempo el mismo objeto con la misma plenitud. Hay siempre algunos puntos en que dos corazones no se tocan; estos puntos concluyen por hallarse á considerable distancia, y hacen insoportable la vida.

«Por último, querida hija mia, el gran error de

«los hombres, en sus ensueños de felicidad, es olvidarse de la muerte, condicion esencial de su naturaleza: ¡es forzoso concluir! Por intensa que hubiera sido vuestra felicidad, tarde ó temprano tu hermoso semblante hubiérase trocado en ese uniforme vestigio de rostro que la mano de la destruccion imprime en la familia de Adam; los mismos ojos de

»Chactas no hubieran podido reconocerte entre tus hermanas de sepulcro, pues el amor no extiende su imperio sobre los gusanos de la tumba. ¿Qué digo, ¡oh vanidad de las vanidades! ¿qué hablo del poder de las afecciones terrenas? ¿Quieres conocer su alcance? Pues bien: si un hombre volviese a la luz algunos años despues de su muerte, es de temer que no le acogiesen con alegría los mismos que mas lágrimas habían consagrado á su memoria: ¡tan presto se forman nuevos vínculos, tan fácilmente se contraen nuevos hábitos, tan natural es en el hombre la inconstancia, tan miserable es nuestra vida, aun en el corazón de nuestros amigos!

»Da, pues, gracias á la bondad divina porque te saca tan pronto de este valle de miserias. Prepáranse ya para tí en las nubes la blanca túnica y la brillante corona de las vírgenes; óigo ya á la Reina de los ángeles, que te dice: «Ven, digna sierva mía; ven, mi paloma, á sentarte sobre un trono de candor, entre todas estas doncellas que han sacrificado su hermosura y su juventud al servicio de la humanidad, la educación de la infancia y las sublimes obras de la penitencia. Ven, rosa mística, á florecer en el seno de Jesucristo. El ataúd, lecho nupcial que te has elegido, no será manchado por la infidelidad, y no habrán fin los abrazos de tu celestial Esposo.»

»A la manera que el último destello del día aplaca los vientos y esparce la calma por el cielo, las tranquilas palabras del anciano acallaron las pasiones en el seno de Atala, que desde entonces se mostró únicamente ocupada de mi dolor y de los medios de hacerme menos amarga su pérdida. Unas veces me decía que moriría dichosa si le prometía enjugar mis lágrimas; otras me hablaba de mi madre y de mi patria, esforzándose en distraerme del dolor presente, despertando en mí la imagen de un dolor pasado, y exhortándome á la paciencia y á la virtud. «No siempre serás desgraciado, me decía; si el cielo te somete hoy á rudo crisol, es tan solo para hacerte mas sensible á las desventuras ajenas. El corazón humano se asemeja á esos árboles que no brindan su bálsamo á las heridas de los hombres, sino cuando han sido á su vez heridos por el hierro.»

»Dichas estas palabras, volvióse hácia el misionero buscando en él los consuelos que me había hecho experimentar; y alternativamente consoladora y consolada, daba y recibía la palabra de vida sobre el lecho de la muerte.

»En tanto, el ermitaño redoblaba su celo. Sus quebrantados huesos se habían reanimado al soplo de la caridad, y preparando siempre remedios, avivando el fuego y renovando los céspedes del lecho para refrescarlo, pronunciaba discursos admirables sobre Dios y la felicidad de los justos. Armado con la antorcha de la Religión, parecía preceder á Atala en el sepulcro para mostrarle sus secretas maravillas. La humilde gruta estaba henchida de la grandeza de aquella muerte cristiana, y los espíritus celestiales asistían sin duda á aquella escena en que la Religión luchaba sola contra el amor, la juventud y la muerte.

»Triunfaba, pues, esa religión divina, y su victoria se mostraba en la santa tristeza que sucedió en nuestros corazones á los primeros arrebatos de un amor sin esperanza. A media noche, Atala se reanimó un tanto para repetir las oraciones que el religioso le dictaba. Poco despues me alargó la mano, y me dijo con voz casi imperceptible: «¿Recuerdas, hijo de Utalisi, aquella primera noche en que me tomaste por la virgen de los últimos amores? ¡Presagio singular de nuestro destino!...» Detúvose, un momento, y prosiguió: «Cuando reflexiono que te abandono para siempre, mi corazón hace un esfuerzo tan poderoso para revivir, que casi me siento dotada del poder de hacerme inmortal á fuerza de

amar. —Mas, ¡cúmplase, Dios mio, tu voluntad! Atala enmudeció de nuevo, y luego añadió: «Res-tame solo pedirte perdón por los males que te he causado; mucho te he atormentado con mi orgullo y mis caprichos. Chactas! algunos puñados de tierra arrojados sobre mí, interpondrán todo un mundo entre nosotros, y te librarán para siempre del peso de mis infortunios.»

»—¡Perdonarte! repliqué anegado en lágrimas; ¿no soy yo la causa de todas tus desventuras?—Amigo mio, me dijo interrumpiéndome, tú me has hecho sobrado feliz, y si pudiese empezar de nuevo mi vida, preferiría la dicha de haberte amado algunos instantes en un triste destierro, á una existencia entera de descanso en mi patria.»

»Aquí se extinguió el acento de Atala, y las sombras de la muerte se esparcieron sobre sus ojos y sus labios; sus manos intentaban maquinalmente asir algún objeto, y conversaba en voz baja con los espíritus invisibles. Poco despues hizo un vano esfuerzo para desprender de su cuello el crucifijo, y no pudiendo verificarlo, me pidió lo tomase yo, diciéndome:

»Cuando te hablé la primera vez, viste brillar en mi seno esta cruz al resplandor de la hoguera: ¡Atala no posee otras riquezas! Lopez, tu padre y mio, la envió á mi madre pocos dias antes de mi nacimiento.

»Recibe, pues, esta herencia, hermano mio, consérvala en memoria de mis infortunios, y recurre siempre en los tuyos á este Dios de los desvalidos.

»¡Chactas! debo dirigirte mi último ruego. Nuestra unión hubiera sido de breve duración en la tierra; ¡pero despues de esta vida hay otra mas larga. ¡Cuán horroroso me sería separarme de tí para siempre! Me anticipo á tí, para esperarte en el cielo. Si me has amado, hazte instruir en la religión cristiana, que preparará nuestra segunda unión. Esta religión opera á tus ojos un gran milagro, pues me hace capaz de separarme de tí sin morir en los horrores de la desesperación. Sin embargo, Chactas, solo te pido una simple promesa, pues sé harto bien lo que cuesta un juramento, para exigírtelo. Ese juramento te separaría acaso de alguna mujer mas feliz que yo... ¡Oh madre mía! perdona á tu hija! Oh, Virgen María! ¡Suspende el golpe de tu enojo! Torno á sucumbir á mis debilidades, y te robo, ¡oh Dios mio! unos pensamientos que debieran pertenecerte exclusivamente!»

»Traspasado de dolor prometí á Atala abrazar un dia la religión cristiana. A este espectáculo, el solitario se levantó con rostro inspirado, y extendiendo sus brazos á la bóveda de la gruta, exclamó: «Ya es tiempo de llamar á Dios aquí!»

»Al oír estas palabras, una fuerza sobrenatural me obligó á caer de rodillas, é incliné á los piés del lecho de Atala. El sacerdote abrió un lugar secreto, en que guardaba una urna de oro, cubierta con velo de seda, y prosternándose, oró profundamente. La gruta me pareció sublimemente iluminada; oyéronse en los aires las palabras de los ángeles y la vibración de las arpas celestiales; y al salir del tabernáculo el vaso sagrado, creí ver al mismo Dios saliendo del seno de la montaña.

»El sacerdote abrió el cáliz, y tomando entre sus dedos una hostia blanca como la nieve, se acercó, pronunciando palabras misteriosas, á Atala, que tenía sus ojos fijos en el cielo, en santo éxtasis. Calmáronse al parecer todos sus dolores, y toda su vida se reconcentró en sus labios, que se entreabrieron y acercaron respetuosos al Dios oculto en aquel pan místico. Luego, el santo anciano humedeció un poco de algodón en un aceite consagrado, con el cual frotó las sienes de la moribunda Atala; y despues de mirarla un momento, pronunció súbitamente en alta voz estas palabras: «¡Parte, alma cristiana, á reunirme á tu Criador!» «Levantando entonces mi humillada cabeza, exclamé, mi-

rando el vaso en que se encerraba el óleo santo: «—¡Padre mio! Este remedio restituirá la vida á Atala?» «—Si, hijo mio, replicó el sacerdote, cayendo en mis brazos; ¡le dará la vida eterna!» Atala acababa de espirar.

Al llegar aquí, Chactas se vió precisado á interrumpirse por segunda vez, pues anegado en lágrimas, no podía articular sino palabras entrecortadas. El anciano saquem descubrió su pecho, y sacando de él el crucifijo de Atala, dijo: «¡Hé aquí la prenda de la adversidad! ¡Oh René, oh hijo mio! ¡tú la ves, mas yo no la veo ya! Dime: ¿ha padecido alguna alteración despues de tantos años? ¿No descubres en ella los surcos de mis lágrimas? ¿Podrías reconocer el sitio á que una santa aplicó sus labios? ¿Por qué no es hoy cristiano Chactas? ¿Qué frívolas razones de política y de patria le han mantenido hasta el dia en los errores de sus padres? No, no quiero retrasar mas mi conversión. La tierra me grita: «¡Pronto bajarás á la tumba; ¿qué aguardas, pues, para abrazar una religión divina...?» ¡Oh tierra! no me esperarás mucho tiempo; no bien un sacerdote haya rejuvenecido en las santas aguas esta cabeza encanecida por las amarguras, podré esperar reunirme á Atala... Pero demos fin á mi historia.»

LOS FUNERALES.

»No es mi intento, oh René, pintarte hoy la desesperación que se apoderó de mi alma al exhalar Atala su último suspiro. Necesario sería mas calor del que me resta; preciso sería que mis cerrados ojos pudiesen abrirse de nuevo al sol, para pedirle cuenta de las lágrimas que á su luz derramaron. ¡Si! esa luna que ora brilla sobre nuestras cabezas, se cansará de alumbrar las soledades de Kentucky; si! el río que ora impele nuestras piraguas suspenderá su corriente, primero que mis lágrimas cesen de correr por Atala. Durante dos dias enteros me mostré insensible á los razonamientos del ermitaño, quien, deseando aplacar mis penas, no se valia de las fútiles razones de la tierra, y se limitaba á decirme: «Hijo mio; ¡tal es la voluntad de Dios!» y me estrechaba en sus brazos. Nunca hubiera creído que se encerrasen tantos consuelos en estas pocas palabras del cristiano resignado, si no lo hubiese experimentado en mí mismo.

»La ternura, la unción, y la inalterable paciencia del antiguo siervo de Dios, vencieron al fin la obstinación de mi dolor, y me avergoncé de las lágrimas que le hacía derramar. «¡Basta ya, padre mio! le dije; no turben las indómitas pasiones juveniles la paz de tus cansados dias. Permíteme llevar conmigo los restos mortales de mi esposa, para que les dé sepultura en algún ignorado lugar del desierto; y si estoy condenado á vivir, procuraré hacerme digno de esas bodas eternas que me han sido prometidas por Atala.»

»A este inesperado triunfo del valor y la conformidad, el buen viejo se estremeció de alegría, y exclamó: «¡Oh, sangre de Jesucristo, sangre de mi divino Maestro, reconozco tus méritos! Tú salvarás sin duda á este jóven. ¡Dios mio! acaba tu obra; devuelve la paz á esta alma agitada, y no le dejes de sus infortunios, ¡sino humildes y provechosos recuerdos!»

»El justo se negó á abandonarme los despojos de la hija de Lopez, pero me propuso hacer venir á todos sus neófitos y enterrarla con toda la pompa cristiana; á lo cual me negué á mi vez, diciéndole: «Las desgracias y las virtudes de Atala han sido desconocidas de los hombres; quiero, pues, que su tumba, abierta fur-tivamente por nuestras manos, participe de esta oscuridad.» Convenimos, por lo tanto, en que al amanecer del siguiente dia partiríamos para enterrar á Atala de-

bajo del arco del puente natural, á la entrada de los Bosquecillos de la muerte. Y resolvimos tambien pasar la noche en oración al lado de sus helados restos.

»Trasladamos estos al anochecer á una hendidura de la gruta, que miraba al Norte. El ermitaño los había envuelto en una pieza de lino de Europa, hilado por su madre: única riqueza que conservaba de su patria, y que destinaba hacia mucho tiempo para su propia mortaja. Atala estaba tendida sobre un lecho de sensitivas de montaña; sus piés, su cabeza, sus hombros y parte de su pecho estaban descubiertos. Veíase entre sus cabellos una flor marchita de magnolia; ¡la misma que yo había colocado en su lecho, para hacerla fecunda! Sus labios parecían sonreír y palidecer como un capullo de rosa cogido despues de dos mañanas, y en sus mejillas, de blancura deslumbradora, se distinguían algunas venas azules. Sus hermosos ojos estaban cerrados, sus piés medio descubiertos, sus manos alabastrinas estrechaban un crucifijo de ébano, y el escapulario de sus votos pendía de su cuello. Parecía encantada por el ángel de la melancolía, y por el doble sueño de la inocencia y del sepulcro: no he visto cosa mas celestial. El que hubiese ignorado que aquella jóven había gozado de la luz, hubiérala creído la estatua de la virginidad dormida.

»El religioso pasó toda la noche en oración, y yo la ví transcurrir sentado á la cabecera del lecho mortuario de la malograda Atala. ¡Cuántas veces, durante su sueño, había sostenido en mis rodillas aquella encantadora cabeza! ¡Cuántas me había reclinado sobre ella para oír y respirar su aliento! Ora empero, ningun rumor salía de aquel seno inmóvil, y en vano esperaba que la hermosura despertase.

»La luna vino á prestar su pálida antorcha á aquella vela fúnebre: levantóse á media noche como una blanca vestal que acude á llorar sobre el féretro de una compañera querida, y poco despues derramó por los bosques ese gran secreto de melancolía que se complace en comunicar á las decrepitas encinas y á las antiguas costas de los mares. De tiempo en tiempo, el padre Aubry sumergía una rama en flor en agua consagrada; y sacudiéndola luego, perfumaba la noche con los aromas del cielo. Algunas veces repetía sobre un aire antiguo algunos versos de un antiguo poeta, llamado Job, y decía:

»He pasado como una flor; me he secado como la yerba de los campos.

»¿Por qué ha sido concedida la luz al miserable, y la vida á los que gimen en la amargura del corazón?»

»Así cantaba el anciano. Su voz grave y un tanto cadenciosa, rodaba y se perdía en el silencio de los desiertos, mientras todos los ecos, todos los torrentes y todos los bosques repetían el nombre de Dios y de la tumba. Los arrullos de la paloma de Virginia, la caída de un torrente en la montaña, y el sonido de la campana que llamaba á los viajeros, se confundían con los cantos fúnebres, y se creía oír en los Bosquecillos de la muerte el coro lejano de los finados, que respondía á la voz del solitario.

»En tanto se formó una faja de oro en el Oriente. Los gavilanes chillaban en la punta de los peñascos, y las martas volvían á las hendiduras del tronco de los olmos: esto era la señal del convoy fúnebre de Atala; cargué, pues, en hombros sus restos, y precedido del ermitaño que se apoyaba en su báculo, empezamos á bajar lentamente de peñasco en peñasco, pues la muerte y la ancianidad acortaban nuestros pasos. Al ver el perro que nos había hallado en el bosque, y que ora dando saltos de alegría, nos trazaba tan opuesto camino, mi corazón se desgarraba. Y acontecía que la larga cabellera de Atala, juguete de las brisas matinales, extendía sobre mis ojos su velo de oro; otras veces, cediendo al peso veíame precisado á colocarlo sobre el musgo y sentarme á su lado, para restaurar mis flacas fuerzas. Llegamos por último al lugar prefijado